

PATRI BAREA

A landscape photograph showing a mountain with a cross on its peak, silhouetted against a vibrant sunset sky with orange and red clouds. The foreground is a grassy field with some buildings and trees in the distance.

Solsticio argárico

Relato creado por la clase de patrimonio de CEPER Barea, curso 2023-2024.

Alumnado:

Manuel Bonilla Bonilla

Francisco Castro Mañas

Rosa Cortizo Alonso

Francoise Madelaine Cys

Patrick Ghelfi

Michel Gosse

Juan Antonio Moya Moya

Máxima Amaya Ortiz Santos

María Antonia Roca Godoy

María José Teixeira (Mizé)



Solsticio Argárico

Y por fin llegó el día esperado con impaciencia por todos y, sobre todo, en mi caso, no pude dormir en casi toda la noche. Era el día en el que se iba a celebrar la ceremonia de unión de nuestros admirados Pakitá y Miché.

Pakitá era una bellísima mujer de largo cabello rubio que combinaba perfectamente con su túnica de yute beis y que portaba una tiara de plata, símbolo de riqueza y poder. Ella nos curaba de las enfermedades con su amplísimo conocimiento en hierbas medicinales y en ocasiones realizaba pequeñas intervenciones quirúrgicas y sanaba heridas producidas en diferentes percances.

Miché también era un hombre atractivo de buena estatura con una larga cabellera que le alcanzaba hasta la mitad de la espalda. Se convirtió en héroe, pues nos defendió, junto a otros hombres, del ataque mortal de aquellos cazadores que bajaron de las montañas a apoderarse de los cereales que custodiaba el silo. Esto sucedió el invierno pasado cuando escaseaba la comida para todos. Un compañero suyo fue alcanzado mortalmente por una flecha y él mismo, Miché, recibió una lanza de flecha en el hombro.

Esta es la razón precisamente por la que ambos se habían vuelto a encontrar después de algunos años sin verse.

Los dos se habían conocido de niños y se habían mostrado simpatía mutua. El destino los volvió a reunir una vez que Miché necesitó de las curas de Pakitá para extraerle el proyectil y curarle de la infección que le sobrevino. Por su delicadeza y ternura, Miché, quedó perdidamente enamorado de Pakitá e iniciaron largas conversaciones que fueron poco a poco desembocando en un compromiso sentimental.

Aquel día era el más largo del año, el solsticio de verano, el cual había sido elegido por los contrayentes para la celebración.

Ya olía a humo de leña de encina y a los asados de carne que se iban adelantando para el banquete.

Toda comunidad, sin excepción, asistía invitada a la fiesta, hasta el poblado más remoto o el más pobre y se respiraba la alegría en el aire en un día que había amanecido fresco y soleado.

Asistía la élite con todo su séquito seguida de sus esclavos porteadores procedentes de la Fuente de los Álamos y poblados mineros venidos de la Sierra de los Lobos, lugar donde abundaban los metales que nos proporcionaban el material en el que estábamos especializados. Se fundía, aleaba y transformaba para después elaborar herramientas, armas, así como objetos decorativos y joyas. La calidad de nuestras espadas de bronce era muy reconocida en toda la comarca y había trascendido fuera de nuestras fronteras.

Yo, procedía de una pequeña aldea situada en el Cerro de los Espíritus, adyacente a un hacho; y vivía con mis padres y hermanos, no lejos del poblado más grande y centro de nuestra cultura, solo a un paseo de unas horas de nuestra casa.

Nuestra comunidad estaba principalmente regida por un matriarcado capaz de resolver problemas, conflictos y enfrentamientos de una manera totalmente pacífica.

Nuestra principal fuente de subsistencia era la agricultura y ganadería. Se cultivaba cereales y se elaboraba pan y cerveza, de los que en este día se consumiría en abundancia durante la fiesta. Nuestro ganado estaba formado por cabras, cerdos, ovejas, gallinas y patos. Los conejos silvestres abundaban en el territorio, se cazaba jabalíes y aves salvajes en los alrededores, donde abundaban encinares y bosques de coníferas. Gracias a los cuales se crearon exquisitos manjares para este gran día.

Conforme nos aproximábamos al Argar, por el camino que llamábamos, Del medio, se escuchaba los cánticos, el sonido de las flautas de caña y tambores de madera y cuero como un zumbido en el aire.

Nuestro pueblo se había ido enriqueciendo gracias al comercio y nuestra habilidad de elaboración del metal de bronce, una nueva técnica que conseguía endurecer las armas para luchar, herramientas, joyas y utensilios varios.

Nuestra aportación familiar a la fiesta y como regalo de boda para los contrayentes, era un atún salado que capturamos en la almadraba y que mis hermanos portaban, junto con dos ocas que mi padre había capturado en el Salar cerca de la casa. Mi madre había preparado las mejores ropas de lino para el evento y nos arregló el pelo con guirnaldas de flores.

Las aportaciones del ajuar de los novios fueron muy interesantes: los nobles de la Fuente del Álamo aportaron bellos y lujosos objetos de marfil y huevos de avestruz, algo insólito, ya que en nuestras tierras no existían aves que pusieran huevos de tal calibre. También recibieron algunas pieles entre ellas una de oso, que usarían para calentarse en las largas noches de frío y viento invernal. Un peine de hueso y un mortero pulimentado de mármol blanco. Todos colaboramos con algún regalo o una aportación para el banquete.

Sentí tristeza al recordar el fallecimiento de mi abuela el invierno pasado y que no pudiera asistir a este acto, ya que ella admiraba a ambos contrayentes. Como era habitual en nuestra tradición, la enterramos en una cista de barro bajo el suelo de nuestra choza. Yo solía conversar con ella por las noches como si siguiera viva confiándole mis secretos y dándole mi cariño.

Patré, Mariké y Mizek, eran tres alfareros que vivían en el Argar, se dedicaban a elaborar vasijas funerarias, vasos campaniformes, copas y pequeños objetos de uso diario. Solíamos encargarnos las grandes orzas funerarias en las que se enterraba a los seres queridos. Su profesión les daba lo suficiente para una holgada supervivencia pero tenían ambición desbordada por obtener los bienes ajenos.

Ellos habían observado que en los enterramientos se ofrecía un rico ajuar funerario de joyas y ciertos objetos. Localizaban los lugares donde se habían realizado los enterramientos más lujosos, señalizándolos con lascas de piedra blanca.

Aprovechando que se estaba celebrando la ceremonia, acudieron a mi choza con intención de expoliarlos en ausencia de los familiares.

Esta, era la última de una serie de chozas asaltadas. Para su sorpresa, descubrieron en su interior un macho cabrío de pelo negro y ojos verdes penetrantes que aterrorizaba. Su mirada espeluznante impidió que se acercaran. Igualmente, les embistió y tuvieron que huir con su cuerpo lleno de magulladuras y perdiendo todo su botín.

A su regreso al poblado donde se celebraban los esponsales, todos nos alarmamos viendo a estos tres personajes regresar heridos de sus fechorías. Lo cierto es que nadie quería a estos tres individuos por su carácter anodino y falta de transparencia.

La celebración continuó todo el día, comimos, bailamos, bebimos, hasta la saciedad. Nunca en mis trece años de vida había visto algo tan divertido. Regresamos a nuestra aldea con la caída del sol.

¡Oh!, por cierto, ¡que descuido!, aún no me he presentado... Me llamo Vera. Mi nombre me lo puso mi abuela que dijo haber tenido un sueño premonitorio de algo muy bello que llegaría en el futuro.